

CAPÍTULO PRIMERO

LAS POTENCIAS EXTRARREGIONALES: PRESENCIA Y ESTRATEGIA

LAS POTENCIAS EXTRARREGIONALES:

PRESENCIA Y ESTRATEGIA

Por Pedro Ramírez Verdún

El espacio geoestratégico del Atlántico Sur

Si consideramos que América es el continente de la esperanza y que África se debate con la permanente inquietud entre los que emigran y los que luchan por abrirse camino a través de increíbles rivalidades étnicas, Europa, y en nuestro caso las naciones de la península Ibérica, no pueden permanecer a la sombra de la Historia y de la nostalgia de un pasado que se recuerda deslumbrador de ideas, ni apoyadas hoy en el balcón del progreso sin sentirse protagonistas para trasladar al Sur todo lo que son y representan.

El espacio del Atlántico Sur integrado por el ámbito marítimo que se extiende desde el trópico de Cáncer hasta la convergencia antártica y sus zonas adyacentes de influencia, también llamado “océano Moreno”, conforma una frontera donde los países ribereños de Suramérica y África constituyen una zona geoestratégica que en el comienzo del siglo XXI cobra personalidad propia y nos obliga a todos a un esfuerzo intelectual que haga posible su mejor definición. De acuerdo con los conceptos modernos de zona estratégica, la incluimos en el mundo occidental, espacio geográfico en el cual se vive y piensa de acuerdo especialmente con los valores cristianos y donde por historia y cultura le corresponde. Constatamos la extrema heterogeneidad del área y del carácter no latino de muchos de sus países componentes; uno de los propósitos más destacados de este trabajo consistirá en subrayar ese hecho, lo cual no impide un estudio identificativo del mismo.

Para comprender a la altura de este siglo la definición del área desde el punto de vista histórico, no sólo hemos de considerar la presencia española desde el año 1492, sino que debemos tener presente que el mundo americano surge en importante medida por la acción de los habitantes de la península Ibérica; por lo tanto de la acción de los portugueses y de los españoles.

También se ha de tener en cuenta que cuando nuestros vecinos contemplan su secular proyección ultramarina no sólo piensan en Brasil sino también, y a menudo de forma interrelacionada, en el África portuguesa. El “océano Moreno” responde a una histórica relación triangular luso-afro-brasileña que fue realidad en el pasado, ahí está la impresionante aportación étnica y cultural del continente negro a la formación de Brasil, y que tiene proyección y vigencia política en el presente. Si añadimos la conformación del mestizaje en Venezuela, Colombia y el resto del Caribe, nuestra presencia en el seno africano en Guinea Ecuatorial y el resto de Iberoamérica donde España dominó durante siglos, podemos concluir diciendo que el “océano Moreno”, protagonista de nuestro trabajo, y la región que bañan sus aguas, pertenece, creemos, a un espacio estratégico favorecido por la incorporación a la Unión Europea de los Estados peninsulares que así amplía las fronteras espirituales del Viejo Continente sobre el Atlántico Sur y sus zonas de influencias, y hacia ese espacio habrá que desplazar el peso de su atlantismo, cuando, además, el fin de la guerra fría ha obligado a replantearse la absorbente atracción del Norte.

Durante más de 300 años Portugal y España compartieron su destino con América. Construyeron un inmenso imperio, llevaron la cultura de Occidente, dejaron y afirmaron sus propias raíces. También salieron al tiempo sin imperios de aquellos lugares. Ambas naciones pusieron pie en la Edad Contemporánea convertidas en pequeñas potencias. Pero aquello que podríamos llamar el fin de las Américas no fue el final de sus sueños americanos: desde el último cuarto del siglo XIX lo vieron y confirmaron centenares de emigrantes que cruzaron el Atlántico y lo rememoraron intelectuales y políticos que incorporaron el empeño de una nueva comunidad entre las antiguas metrópolis y las jóvenes repúblicas de la región. España e Hispanoamérica, Portugal y Brasil enlazada con África..., los Estados de la Península son, en suma, puente, como siempre se quiso, entre el Viejo y Nuevo Mundo.

Las fronteras como elemento clave de la Geografía y de la Historia han sido objeto de interpretaciones diferentes, en unos casos como espacio de separación entre pueblos y culturas; en otros, como zonas de interacción donde el mestizaje y el intercambio cultural y económico disponen de un espacio vivo que se debe cuidar y cultivar por los efectos favorables que se expanden a uno y otro lado de dichas áreas fronterizas.

En este caso, las fronteras que conforman este espacio geoestratégico no sólo constituyen un lugar físico, sino también son el resultado de un proceso a lo largo del cual se generaron conflictos y mutuas aportaciones, capaces incluso de producir transformaciones culturales e institucionales de diversa índole, como el que define la negritud.

En sus casi tres siglos y medio de vida en el continente americano, el hombre africano ha recibido continuamente aportaciones de sangre blanca y también de los pobladores originarios. Ferdinand von Cles en su libro: *Luz de Occidente* (Colonia, 1957) dice:

“El negro ya no es del todo negro y una cultura enriquecedora ha madurado gracias a esta aportación.”

Aportación que se extiende a todos los ámbitos, en particular al artístico; así, no podemos olvidar, entre otros, el folclore brasileño con su gran calidad musical y poética. Lo que queremos decir, es que, el multiculturalismo, es una manera, por entero divergente, de ver la vida, compatible con la igualdad jurídica y con una ciudadanía común.

La doctrina que defiende la mezcla de culturas, de origen transatlántico, afirma en esencia que una sociedad es tanto más rica cuanto más diversa es por dentro. En Estados Unidos, esta afirmación se asocia con la multiplicación de etnias que allí ha tenido lugar desde que, en los años sesenta, la corriente inmigratoria dejó de ofrecer un signo predominantemente europeo.

Todo este fenómeno da nombre de “océano Moreno” al Atlántico que baña las costas de esta área donde las grandes potencias, interesadas en la zona, de una manera u otra han influido considerablemente a lo largo de la Historia y en muchos casos han logrado que las transformaciones sociales y económicas hayan sido del signo que a ellas interesó, como así sigue pasando hoy día (véase Adriano Moreira: “Atlántico Sul o Océano Moreno” *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto*, V Jornadas de Estudios Luso-Españoles, Mérida 1993).

La identidad del Atlántico Sur y sus características se dan la cara con el Atlántico Norte, sin perjuicio de una auténtica solidaridad que resulta sobre todo importante

con la presencia de los estados de la península Ibérica. Reconocer esta circunstancia como una realidad en Suramérica y también en la costa africana, donde Angola puede ser una réplica de Brasil después de tantos años de guerra civil como soporta esta joven república, es una tarea en la que se han de empeñar todos aquellos interesados en la región

Los tres mayores países de la región: Argentina, Brasil y África del Sur se encuentran embarcados en un proceso profundo de cambios de estrategia tanto económica y política como militar. En Argentina, las medidas económicas ocasionaron la caída del presidente de la Rúa, si bien se ha logrado mantener la democracia política y el resultado de las últimas elecciones parece que puede ser el camino para encontrar la mejor solución; al mismo tiempo, los problemas jurídicos que la lucha contra la subversión ocasionó entre los mandos militares persisten hoy día. En Brasil, el fracaso de los anteriores gobiernos en materias como la solución de la pobreza o la explotación desmesurada de la Amazonía, entre otras razones, ha dado lugar a la llegada de un nuevo ejecutivo al que todavía no podemos evaluar, aunque las perspectivas para su éxito parecen fundadas. Finalmente Suráfrica acabó definitivamente con el *apartheid*, pero aún no ha resuelto el muy desigual reparto de la riqueza. Son todos ellos problemas de naturaleza política y económica que deben ser solucionados por estos países para capitanear el área en esta primera década del siglo XXI.

La relación de Suráfrica con los dos grandes países del Cono Sur americano es previa a la instalación de los regímenes defensores del *apartheid* en el Cono Sur africano y se materializó en los años sesenta, impulsada por diversas razones: Argentina y Brasil y en general las naciones iberoamericanas ocupaban una sexta parte de los escaños de Naciones Unidas y podían apoyar algunas de las tesis políticas sudafricanas; ambos países eran importantes focos comerciales como mercados y como agentes exportadores de mercancías de interés para Pretoria, siendo los dos países productores de petróleo; asimismo, el trasvase de turistas crecía en ambas direcciones y el intercambio de tecnología para la obtención de minerales era de interés para los suramericanos. Por último señalar que la reciente conferencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC) celebrada en Cancún ha consagrado una alianza entre Brasil y Suráfrica que unida a la India parecen decididas a pelear por la solución de sus problemas, al margen de las grandes

potencias, obligando a reformar las reglas del comercio mundial, especialmente en lo referido a la exportación de productos agrarios y textiles, recursos que les permitirá crecer en busca de un mejor nivel de desarrollo.

Refiriéndonos por último al área iberoamericana en su conjunto en los principios de este siglo XXI, hay que recordar que ha sufrido especialmente el golpe de las condiciones geológicas y meteorológicas adversas que ha generado grandes dificultades económicas. Sin embargo, la creciente cohesión entre estos países hace pensar que, más allá de visiones excesivamente basadas en la coyuntura actual, tienen por delante un futuro esperanzador. La prevista creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en el año 2005, que pretende liderar Estados Unidos y que vincula explícitamente estado de derecho y desarrollo económico (véase Javier Pardo de Santayana: "La construcción de Europa, panorama estratégico 2001/2002", *Cuadernos de Estrategia* número 117, Ministerio de Defensa) y que en cierta medida complementará a la Organización de Estados Americanos (OEA). Las consecuencias de esa iniciativa de mucho calado y fuertemente impulsada, deberán ser tenidas en cuenta por Europa. De cualquier manera este proyecto no está reñido con otras alternativas políticas o económicas adoptadas hasta hora, como pueden ser la Comunidad Iberoamericana de Naciones o las emprendidas por la Unión Europea. Toda esta articulación organizativa en su conjunto, puede ser sin duda, determinante para que estos países alcancen la prosperidad y el progreso que necesitan.

Al mismo tiempo la zona que describimos, no constituye una región económica única, el comercio que se realiza entre las dos orillas atlánticas es muy escaso en contraste con las relaciones comerciales existentes, por ejemplo, entre Suráfrica y Gran Bretaña. No obstante entendemos que en el futuro debe ser muy distinto, la capacidad de las tres grandes naciones del área, ya mencionadas en párrafos anteriores, debe contribuir a normalizar sus posibilidades comerciales de acuerdo con sus capacidades reales, especialmente en los productos manufacturados que producen con cierta facilidad: línea blanca, maquinaria y herramientas, alimentos envasados, etc. En cuanto a la capacidad de obtención de materias primas, en ambas orillas es muy similar, lo que impide un intercambio positivo de las mismas pero sí de las tecnologías para obtenerlas.

No todas las naciones que conforman el área definida presentan puntos en común, como parecidos niveles de desarrollo político, militar y económico o cultural; pero el mestizaje, especialmente en Brasil, ha conformado una clara identidad, en que la negritud es norma de conducta y convivencia en amplias zonas y las lenguas no son un obstáculo. Todo ello, en una primera aproximación, permite enfrentarse con posibilidad de intercambio a una y otra cara atlántica, lo que creemos puede ser muy favorable en esta entrada en el siglo XXI.

Son muy pocos los estados de la zona cuyos gobiernos y elites se sienten satisfechos con el estatus que internacionalmente se les asigna, la mayoría, especialmente la africana, considera que el ambiente internacional le es adverso y es precisamente la región donde en los últimos 50 años las grandes potencias han jugado fuerte para alterar la situación a su favor. África del Sur ha luchado enormemente por protagonizar su propio destino sin integrarse en el proceso descolonizador del resto de África. Argentina y Chile han litigado entre sí de forma pacífica pero concluyente para resolver los problemas de frontera, especialmente esta última por una salida al Atlántico Sur a través de los archipiélagos de Tierra de Fuego.

A partir del 11 de septiembre del 2001, especialmente el área iberoamericana se ha sentido preocupada por el futuro incierto de un mundo sacudido por el terrorismo. El atentado contra los dos edificios de las Torres Gemelas de Nueva York, llevado a cabo por fundamentalistas islámicos donde murieron 350 ciudadanos de origen hispánico, y el realizado contra la embajada israelí en Buenos Aires han hecho recuperar un sentido americano común que hizo renacer el Tratado de Ayuda Recíproca, valorando positivamente la necesidad de garantizar la seguridad de toda la zona. En realidad, la articulación de un sistema de seguridad construido sobre la base de un conjunto de organizaciones regionales relacionadas entre sí, está en la mente de la mayoría de los expertos de los centros de estudios estratégicos del mundo occidental (véase teniente general Javier Pardo de Santayana: “Una propuesta atrevida”, *Boletín de Información CESEDEN* número 279).

Finalmente, las Fuerzas Armadas iberoamericanas frente a una sociedad en crisis se hayan también fracturadas, reflejando la influencia que algunos políticos populistas ejercen sobre algunos sectores de las mismas. Los ejércitos que

tradicionalmente habían desempeñado un importante papel político, van abandonando paulatinamente este terreno y se van centrando en el cumplimiento de sus misiones constitucionales, al mismo tiempo que colaboran con la Organización de Naciones Unidas (ONU) en misiones de paz por todo el mundo, superando problemas que en el pasado cercano los ensombrecieron. No obstante, las naciones iberoamericanas deben hacer un mayor esfuerzo por reconocer la existencia de las Fuerzas Armadas como parte de la organización del Estado, subordinadas a éste y ejecutando las misiones que se reflejan en sus constituciones democráticas. Una de las necesidades más perentorias, en este marco, es la creación de una auténtica cultura de seguridad y defensa en toda el área.

Con dificultades pero con determinación, la fachada atlántica africana va consolidando los regímenes de Guinea Ecuatorial, Angola, Nigeria y ambos Congos, a pesar de que este proceso que inaugura la transición a la democracia es todavía frágil, donde las expectativas de las poblaciones son muy fuertes y el contexto económico hostil; de ahí las manifestaciones sociales incontrolables; inseguridad, violencia étnica y corrupción.

Al mismo tiempo, África del Sur se va incorporando de forma sólida a la defensa de los valores democráticos y convirtiéndose en el adalid de los mismos en su área de influencia, sin olvidar las especiales características de su población de descendencia europea la blanca, así como la constatación positiva de la existencia de la negritud y de la aportación cultural que proviene del mestizaje con otros pueblos del resto del mundo.

Es importante considerar también que la valoración estratégica de la navegación en toda la zona debe entenderse de acuerdo con la importancia del tráfico marítimo en sus aguas atlánticas. Dos son sus puntos fundamentales: el cabo de Hornos en el Cono Sur americano, que da paso al tráfico que desde el océano Pacífico se dirige a la región; y el cabo de Buena Esperanza que hace lo mismo con el que desde el océano Índico se desplaza en dirección al Atlántico. Por limitación del calado de los buques, estos dos pasos son la alternativa clara a los canales de Panamá y Suez, respectivamente. Por su protagonismo en la guerra de las Malvinas, no queremos dejar de señalar la importancia de la isla de Ascensión de propiedad británica.

Mención especial, en el espacio estratégico que supone el Atlántico Sur, por sus posibilidades de proyección con respecto a la fachada atlántica del África Negra, merecen los países del Cono Sur americano especialmente Argentina, Chile y Brasil, un lugar geoestratégico con personalidad propia tanto en el ámbito económico como en el defensivo. Todas las naciones que lo conforman tienen puntos en común: parecidos niveles de desarrollo político, militar, económico y cultural, el mestizaje especialmente en Brasil ha creado una identidad clara que es norma de conducta y de convivencia. Todo ello permite enfrentarse a la otra cara aludida como posibilidad de intercambio que puede ser muy favorable en los inicios del siglo XXI.

Existen entre el cono africano y el americano puntos estratégicos para la navegación, ya mencionados, junto con magníficos puertos e infraestructuras de muy buena fábrica para garantizar la carga y descarga de gran número de mercancías, procedentes de otras latitudes a través de los pasos de Drake y Buena Esperanza, lo que permite un buen intercambio comercial. Esta importancia estratégica es una de las razones por lo que el Reino Unido no puede, entendemos, dejar en manos de Argentina el archipiélago de las Malvinas y para ello contó con la complicidad de los Estados Unidos como quedó claro en la guerra entre Argentina y Gran Bretaña por la disputa del citado conjunto de islas (véase “Aproximación estratégica al área iberoamericana”, *Monografías del CESEDEN* número 32 capítulo segundo, septiembre 1999).

En resumen los dos lados del Atlántico Sur y sus zonas adyacentes son una adaptación de la civilización europea a las condiciones del Nuevo Mundo y en distinto grado, a las culturas nativas que encontraron los europeos allí y los elementos africanos que llevaron en su séquito. La lengua y la cultura son las manifestaciones más obvias de ese proceso. Esta área estratégica no puede considerarse completa sin los vectores que penetran en la región partiendo de la península Ibérica a través de los archipiélagos de Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde; plataformas aéreas y navales sobre el Atlántico que completan toda el área que el “océano Moreno” baña. La negritud, el mestizaje y los valores occidentales se suman como mejor exponente de convivencia.

Como colofón nos remitimos al apartado “Riesgos y escenarios para la seguridad y la defensa” (véase *La Revisión Estratégica de la Defensa*, documentos Anexos, B.

Ministerio de Defensa). Cuando se definen los escenarios de actuación de nuestras Fuerzas Armadas, se delimitan especialmente dos: el primero, apartado cuatro del documento B, Iberoamérica y citamos de forma textual:

“España estrechamente vinculada a los pueblos iberoamericanos por compartir tradiciones, cultura y de manera especial una lengua común, no es ajena al interés que suscita el espacio iberoamericano y, de hecho, impulsa ese interés en Europa desde la posición de privilegio que es garantía sus lazos históricos.”

En el apartado seis del mismo documento B, África Subsahariana, dice lo mismo de Guinea Ecuatorial, no obstante, le da una gran importancia a toda la fachada atlántica africana, citando las dificultades de todo tipo que tienen que sufrir para la mejor adaptación al mundo desarrollado y donde la Europa de hoy tiene también intereses fundamentales.

La América Latina en busca de su equilibrio.

Antecedentes históricos

El periodo que siguió a la conquista de su independencia fue especialmente difícil para todos los países que conforman lo que hoy denominamos Iberoamérica. La larga lucha contra la metrópoli había minado e incluso eliminado la Administración, en este caso la Monarquía que a lo largo del tiempo se había establecido en aquellas tierras y con ella el único elemento unificador de las heterogéneas sociedades hispanoamericanas o lusoamericanas, que durante mucho tiempo no se pudo reemplazar con instituciones válidas, problema que se arrastra hasta hoy en mayor o menor medida.

La separación de España no afectó apenas a los tradicionales vínculos entre las diversas clases sociales, ni al carácter interpersonal de la relación con la autoridad. Por el contrario, estos factores contribuyeron a acentuar, debido a la falta de Estado, la decadencia económica y la inestabilidad social causadas por los prolongados conflictos, constituyendo el terreno favorable al “caudillismo”. Las innumerables facciones que se habían integrado en el grueso de los ejércitos independentistas, no olvidemos el “con ellos nació la nación” del lema del escudo nacional argentino,

estaban formadas por miembros de los estratos más pobres de la población, arruinados por la guerra, que hicieron depender su supervivencia y la de sus familias del éxito de un jefe de dudosa condición, medio bandido y medio patriota, el caudillo que respondía a la devoción que se le tributaba abasteciendo a sus hombres y respetando su modo de vida (véase *Historia Universal*, tomo cuarto, Ediciones. Salvat-Noguer Rizoli, Barcelona, 1990).

Aquellas agrupaciones resultaban ser a menudo las únicas estructuras sociales y políticas dotadas de cierta vitalidad durante las guerras civiles desarrolladas por las oligarquías criollas tras haber arrojado a los españoles. Dichas oligarquías se habían fragmentado en grupos de intereses ferozmente rivales y para imponerse unas a otras no vacilaron en recurrir y someterse a caudillos populares. Como ejemplo podemos recordar en el Cono Sur, las guerras exteriores que Rosas emprendió para satisfacer los intereses de los ganaderos y los porteños cuya oposición quería apaciguar, y que agudizaron el descontento, provocando una profunda crisis y la intervención del Reino Unido en la zona; esta intervención desde luego no fue la primera, si bien ilustra cómo en la región del Atlántico Sur, la potencia hegemónica del momento interviene de una forma continuada.

A partir de la independencia las diferencias, a veces irreconciliables, marcaron negativamente las relaciones entre los países iberoamericanos durante muchos años, con luchas internas dentro de los propios nuevos Estados, así como guerras y disputas entre ellos. En este proceso de confirmación territorial, se produjo el traspaso de gran cantidad de territorio de unos a otros, Chile lo hizo a expensas de Perú y Bolivia, de igual modo que Argentina con sus países limítrofes. Asimismo se desarrollaron conflictos de gran virulencia en Uruguay y Paraguay y finalmente la última la guerra por todos conocida del Chaco en 1930.

La decadencia de España y Portugal dentro del sistema europeo de Estados y la independencia que alcanzó la mayor parte de América Latina, como hemos descrito anteriormente, a principios del siglo XIX, redujeron marcadamente la importancia de la región para la mayor parte de Europa. La *pax* británica de ese siglo, impuesta por la Armada inglesa, desalentó cualquier consideración europea de intervenir en la neocolonización y permitió al Reino Unido alcanzar una influencia predominante en casi toda la zona. Posteriormente, la expansión del poderío de Estados Unidos

estableció gradualmente el sistema que podemos decir interamericano (doctrina Monroe) bajo la dirección política y económica de Washington que alcanzó su apogeo en el periodo inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial.

Si analizamos el proceso en el Norte, el Estado de México también sufrió la intervención de dos países, que se conformaban en ese siglo como potencias hegemónicas, por un lado Estados Unidos y su lucha en las tierras del suroeste y Francia con la intervención en la imposición de Maximiliano como emperador de México.

A partir del año 1870 el área iberoamericana experimentó una poderosa transformación económica y social, por impulso de factores internos como la abundancia de materias primas y la estabilidad política alcanzada después de la confirmación de sus estados, y de condiciones exteriores también favorables como la expansión del capitalismo industrial europeo. Europa y especialmente el Reino Unido consideraron siempre a los países iberoamericanos como zonas adecuadas para satisfacer sus necesidades comerciales.

En los últimos tiempos del siglo XIX el sistema industrial de Occidente llega a ser muy sólido y avanzado para lograr provechosas inversiones en las antiguas tierras de la Corona de España. Aparece con manifiesta superioridad económica, primero, Gran Bretaña que en cierta medida ocupa el lugar del reino de España, asimismo Francia, a través de las zonas que poseía tanto en el continente como en los archipiélagos caribeños. La actividad política y económica queda determinada por estos dos vectores europeos y su influencia se consolida en toda América Latina.

Podemos decir que tras el ocaso del imperio español y la independencia de sus colonias en el siglo XIX y antes de la primera guerra mundial, el Reino Unido totalizaba en la zona dos tercios de la inversión extranjera, controlando más de la mitad del movimiento marítimo de los puertos de Argentina y Brasil; los ferrocarriles que enlazaban los centros de producción con los puertos se mantuvieron durante mucho tiempo en manos británicas hasta el punto de que Whatman Pearson, miembro del Parlamento inglés, fue conocido en plan satírico como “el Parlamentario responsable para los asuntos de México” (véase Willian Chislett: *La inversión*

española directa en América Latina, Fundación “El Cano”) debido al volumen de sus intereses en ese país.

Entre los primeros años del siglo XX y el estallido de la primera guerra mundial, la inversión de Estados Unidos en Iberoamérica se triplicó con creces. El Reino Unido permaneció todavía como país dominante, pero Estados Unidos subió al segundo puesto, eclipsando a Alemania y superando ampliamente a Francia. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se convirtió en el principal inversor extranjero en la región, concentrándose inicialmente en el sector manufacturero, especialmente en: alimentación, química, maquinaria y equipos, y en la explotación de recursos naturales especialmente minería e hidrocarburos.

La organización regional americana

Finalizados los intentos de finales del siglo XIX, el panamericanismo ofrece diversas alternativas autonómicas. El primer equívoco nace del intento que lleva a soslayar la existencia histórica de las dos Américas, expresadas en sociedades con raigambre, idiosincrasia y potencial distintos. Mientras en Latinoamérica, como ya hemos afirmado anteriormente, el siglo XIX conformó la presencia de múltiples nacionalidades, Estados Unidos salen de la guerra civil y de la expansión hacia el oeste como un bloque compacto que conforma un Estado continente.

La fórmula ya aludida, “América para los americanos”, traslucía una ambigüedad que dio lugar a un concepto que los norteamericanos intentaron consagrar. Sólo les interesaba el intercambio comercial, especialmente de algunos recursos económicos del resto del continente de los cuales no disponían y no así el desarrollo democrático. Así nació la Unión Panamericana y posteriormente, en 1948, con la Carta de Bogotá; la OEA que entendemos es el último intento de salvar parcialmente la doctrina Monroe. A partir de la OEA se crea un ambiente donde aparecen claramente las diferencias de concepto para entender la propia América. Se instituye un sistema de consultas entre Estados y en el marco de reunión de la OEA, se sanciona el principio de no intervención (no cumplido por Estados Unidos en muchos casos) y se instituye el sistema interamericano de defensa.

En el año 1960 se crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) lo que afecta al otro elemento de la cuestión: el comercio. A partir de ese momento se vive una situación de mayor desahogo y compatibilidad en la que influye menos el poder real norteamericano que el reconocimiento de la igualdad jurídica de los Estados que conforman todo el continente americano. En el año 1971 se crea el Pacto Andino en el que se integran Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela; posteriormente en el año 1992, en el mes de enero, el pacto se revitalizó y entraron en vigor las normas para liberalizar el comercio entre sus países miembros.

El Grupo de Río, creado en 1986, comenzó sus deliberaciones en el año 1987. Este Grupo de países formado por once Estados: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Paraguay, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela; gestiona este pacto como foro permanente de consulta y concertación política. Es importante señalar el llamado Grupo de los Tres: México, Venezuela y Colombia que en el año 1987 se unen con el objetivo de financiar los abastecimientos de petróleo que adquieran de sus yacimientos los países del Caribe.

La cooperación económica con la comunidad internacional ha sido en los últimos tiempos uno de los aspectos esenciales en los planes de reformas de los países iberoamericanos, ya que, en definitiva, el éxito económico del continente depende de su integración en el mercado mundial de acuerdo con las directivas de la OMC. La última reunión celebrada en Cancún, en este mes de septiembre, no ha sido todo lo favorable que se esperaba para los países del área.

A principios de los años noventa todos los países, especialmente del área de la fachada atlántica americana, iniciaron planes que centraban sus objetivos en reducir la inflación y el gasto público, privatizar empresas públicas, promover las exportaciones y reactivar las relaciones comerciales interamericanas.

El refuerzo de la cooperación regional en Europa y en algunos países de Asia ha resultado ser, sin lugar a dudas, un incentivo para la propia integración regional iberoamericana y así lograr una compensación para la pérdida de mercado en el exterior. El camino seguido ha sido, en primer lugar, reforzar las relaciones comerciales a través de tratados de cooperación. El resultado obtenido ha sido inmediato, aumentando las exportaciones nacionales al área. En segundo lugar se

han firmado acuerdos bilaterales que, a pesar de sus efectos beneficiosos, han suscitado recelos, resueltos con facilidad por la complementariedad de sus producciones, al mismo tiempo se han aumentado los contactos para coordinar actuaciones de las industrias y zonas de producciones agrícolas. Podemos afirmar que el resultado más tangible de este proceso es el Mercado Común del Sur (Mercosur) formado en el año 1991 y constituido por Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay que tiene como objetivo fundamental la integración económica de la región mediante la ampliación del comercio y la modernización de los sistemas económicos para, de esa manera, lograr una mayor competitividad a nivel global a través de la integración regional.

En estos últimos tiempos, los países iberoamericanos han comenzado un proceso de reformas institucionales en los ámbitos que pueden asegurar el porvenir de sus poblaciones hacia un futuro de mejoras constantes. Señalamos tres áreas donde se aplican estas reformas: la primera comprende el ámbito macroeconómico y pretende estabilizar la economía, caso de Argentina; la segunda consiste en la apertura económica y la introducción de reformas comerciales, que no sólo corrigen viejas tendencias o prácticas económicas de la región, sino que incluso superan en profundidad y velocidad los cambios que están realizando las economías industrializadas; la tercera área de reforma, entendemos nosotros que es importantísima y consiste en la redefinición del Estado, que en el pasado constituyó uno de los pilares del desarrollo y que ahora necesita cambios urgentes, tendentes a mejorar su trabajo, contribuyendo al progreso político y económico del país, y por ende del área iberoamericana.

La conquista del África Negra Occidental

y el reparto del África Austral

No es en absoluto casualidad que precisamente entre los finales del siglo XVIII y los primeros años de siglo XIX se despertara el interés de los grandes Estados europeos por la penetración en los territorios africanos. El movimiento antiesclavista sabía muy bien que junto a las razones puramente humanitarias necesitaba también motivos económicos para alcanzar su objetivo. Para ello apuntó a los inagotables recursos naturales del interior de África y afirmó que allí se podían obtener todos los

productos del trópico más fácilmente que en América (véase Ernst J. Görlich: *Historia Universal*, tomo segundo, Circulo de Lectores; Barcelona, 1967). Como los ingleses habían perdido precisamente sus colonias americanas y a los españoles estaba a punto de pasarles lo mismo con las suyas, aquellas indicaciones de algunos intelectuales y gobernantes europeos tuvieron éxito. Siguiendo esta corriente, podemos decir que, Talleyrand ministro francés planteó la ocupación de Argelia para sustituir las perdidas islas del archipiélago de las Antillas.

Con estos supuestos se empezó a considerar a África como complemento económico de Europa. Sólo en dos lugares se pensó en proceder a la formación de Estados por iniciativa blanca. Uno fue la república negra de Liberia que desde el año 1822 quedó poblada con esclavos norteamericanos que habían conseguido la libertad y que en 1847 obtuvo la independencia nominal. La otra fue la creación de los Estados de los bóers, campesinos holandeses cuyos territorios por obra del Congreso de Viena habían quedado bajo dominio británico, origen de la actual África del Sur. En el final del siglo XIX cabe reseñar los problemas entre ingleses y franceses en el norte de África, desde Egipto al Magreb, y a pesar de la garantía dadas por la potencia hegemónica, en este caso, el propio Reino Unido asegurando una próxima retirada de Egipto. Francia no lo consideró suficiente y se reservó la más completa libertad de acción en su política exterior, en una palabra la facultad de obstaculizar esa presencia británica en el continente africano.

De acuerdo con ese planteamiento, Francia comenzó a reivindicar gran parte del África Tropical para reforzar su posición diplomática en relación con el Reino Unido de Gran Bretaña. Territorios hasta entonces completamente ignorados así como las disputas comerciales, consideradas antes políticamente irrelevantes, asumieron la máxima importancia. Empezaba así la carrera de los Estados europeos por el reparto de África. En ese momento, el más reciente Estado europeo, el imperio alemán de Bismark, se unió a las potencias mundiales y a las reclamaciones territoriales de territorio africano.

La Conferencia de Berlín, simplificando mucho, tuvo consecuencias que refrendan este aspecto: los alemanes denunciaron en tratado luso-británico sobre los territorios portugueses en el África Negra, consecuencia de la conferencia de Londres 1884. Posteriormente ya en la de Berlín en 1885, los alemanes consagraron su

participación en el Congo y Camerún, garantizando a los franceses su influencia en el área del Níger superior, quedando la región inferior del río en manos de los británicos, con ello se conformó la colonización de una zona de gran valor estratégico, tanto por los yacimientos minerales existentes como por las materias primas que producían.

El reparto del África Austral es también objeto de enfrentamientos. Desde la ocupación de las colonias del Cabo por los ingleses en 1795, que provoca la emigración de los bóers hacia el interior creando las repúblicas de Natal, Orange y Transvaal. En el año 1843, el Reino Unido se anexionó el Natal y en 1877 los territorios de Transvaal. El movimiento nacionalista de los afrikaners se opuso a los ingleses y en 1885 reconoció la autonomía de la república. Después de diferentes actividades políticas y militares se configura el África Austral con la independencia del África del Sur ya definitivamente en 1902, y la ocupación colonial especialmente al norte y oeste de la misma con Rodesia inglesa y Namibia alemana.

Al principio del siglo XX, África estaba completamente repartida de acuerdo, podríamos decir, a formas y métodos propios del imperialismo más que a contenidos específicamente económicos. De esa forma podemos afirmar que Alemania queda satisfecha con su área de influencia que incluye Namibia; Portugal asegura sus colonias; Francia mantiene su poder en el área subsahariana que llega hasta Senegal; y definitivamente Gran Bretaña mantiene su papel como potencia dominante en la zona atlántica africana.

No quedaría completa esta rápida visión del África Negra sin mencionar que la primera colonización que sufren algunos territorios subsaharianos, tuvo su origen en los pueblos musulmanes del norte del continente. Esta influencia se extendió desde Senegal hasta Sudán, el cuenco de África, Kenia, Tanzania y Zanzíbar. La presencia musulmana no creó en la franja de transición subsahariana grandes estados, pero sí relaciones de vasallaje y un intenso intercambio económico y cultural, generalizando un nuevo concepto de autoridad. La religión musulmana se encargó luego de consolidarla. La segunda colonización europea tuvo dos fases la primera en los siglos XV y XVI, con la presencia portuguesa, y la segunda en los siglos XIX y XX, dominada por británicos y franceses.

El dominio portugués duró el tiempo suficiente para consolidar el mestizaje. Angola y Mozambique no fueron durante gran parte de este dominio zonas de asentamiento portugués, sino fuente de mano de obra, y hoy son estados con indudable personalidad de influencias lusas, lo mismo ocurre con las antiguas colonias de Santo Tomé y Príncipe o Cabo Verde.

Respecto a franceses y británicos, su presencia fue determinante a los efectos que aquí nos interesan. Los primeros practicaron lo que se ha venido en denominar la asimilación (véase Ángel Pérez González: "Consolidación democrática del África Subsahariana", *Revista d'Afers Internacionals*), esto es, la extensión de sus instituciones y formas de acción a los territorios africanos. Los segundos, al contrario, practicaron desde un principio un sistema de gobierno indirecto, que permitió luego admitir con facilidad el autogobierno. Hubo un intento consciente para equilibrar la administración colonial y la tradicional autoridad de los jefes, clanes y tribus, introduciendo prácticas democráticas en consejos de distritos y ayuntamientos.

Si consideramos que, las sociedades encontradas por los colonizadores disponían, llamémosle así, de cierta legitimidad democrática, la colonización británica permitió mantener dicha legitimidad que no se podía perder con la ocupación. El resultado es que, los Estados de colonización anglosajona muestran una mayor estabilidad y mejores condiciones para la consolidación de sus regímenes al sentido occidental. Es el caso, dentro de la cornisa atlántica, de la República Surafricana.

En sentido opuesto, los Estados de tradición francesa más estables, como sucede en Gabón y Senegal, deben dicha estabilidad al mayor éxito de la asimilación, practicada por Francia durante los primeros tiempos de la colonia y también a la menor heterogeneidad étnica.

Podemos determinar por los resultados que ambos sistemas coloniales han surtido efecto, ya que hoy día la influencia tanto británica como francesa permanece, en cierta medida, a través de los acuerdos, que de toda índole, ligan a estos países a las metrópolis respectivas.

La influencia especialmente en el idioma y las relaciones tanto económicas como militares tipifican este peso específico que garantiza el papel de los antiguos

colonizadores hasta hoy y que se materializan en tratados como el que rige la Commonwealth o el que liga a los países francófonos del arco atlántico.

La independencia del África Negra de la fachada atlántica

Ya se decía hace 40 años que África está mal parcelada, sin embargo, aquellos momentos eran los de la esperanza, la época en la que el continente negro quería alcanzar el progreso social para sus poblaciones, diezmadas por siglos de opresión. Estamos actualmente en el tiempo de la globalización, de los números y de las duras verdades. África parece aún fuera del ritmo del mundo. La recesión económica es allí la situación ordinaria; el modelo de ajuste estructural aplicado en todas partes, es una horma que los africanos deben adoptar para asegurar su bienestar. La firme voluntad como países independientes de su apertura al mundo y sus posibilidades de asociación, en sus niveles de desarrollo, entendemos, es el camino.

A partir del año 1955, el África Negra que estuvo poco representada en la conferencia de Bandung, parece despertar y presenta con la actuación de sus líderes más significativos, un deseo de comenzar el camino de la independencia de sus territorios. Las condiciones especiales de esta región africana no le permitían las mismas fórmulas para llevar a cabo con éxito el empeño independentista que al resto de los países asistentes a la conferencia.

Las naciones colonizadoras de esta parte de África imponían unas reglas, entre ellas las fronteras, muy difíciles de materializar en unos acuerdos de independencia. Las lenguas europeas, especialmente el inglés y el francés se habían entroncado con las costumbres y etnias africanas dando a esta región un carácter especial que en muchos casos difuminaba los sentimientos individuales y tribales de su pasado. Los líderes africanos más activos, como Leopoldo Senghor, Kwame Nkruma o Sekou Turé, sostenían que la independencia no era sólo el final de la colonización, sino el comienzo de la búsqueda de su propia identidad para alcanzar de esa forma la garantía de su propia nacionalidad.

No se pretendía volver al pasado sino entrar en la modernidad sin olvidar su cultura original y costumbres ancestrales. El problema planteado no era fácil de resolver y en muchos casos han llegado hasta nuestros días sistemas políticos apoyados en

castas, tribus y poderes de explotación económica ejercidos por unos pocos. A pesar de todo, surgen nuevas modalidades de socialización. Frente a la pobreza y exclusión, se han iniciado formas de participación dinámicas y estructurales, que ponen de manifiesto el potencial democrático de las sociedades africanas como, por ejemplo, los movimientos organizativos y cooperativas en Angola o las organizaciones de campesinos en Senegal.

En realidad, la pretensión de los líderes negros, aunque no siempre alcanzada con éxito, consistía en que su nacionalismo se fundiera con el redescubrimiento de la negritud y la tendencia a modernizar las estructuras económicas heredadas del pasado. La concesión de la independencia a los diversos territorios africanos por las potencias europeas fue en muchos casos un rito formal, los dirigentes políticos del Viejo Continente parecían haber comprendido que la extrema fragilidad de las estructuras locales permitiría salvaguardar sus intereses, incluso después de la independencia.

Los sistemas coloniales del pasado fueron sustituidos con nuevas formas de cooperación lo que se denominó en su momento “el neocolonialismo”, el cual si no provocó repercusiones internacionales peligrosas para los territorios franceses y británicos, motivó, en cambio, una dramática crisis internacional en el Congo, donde se manifestaron de modo traumático las consecuencias del final del viejo sistema.

Las guerras de Congo llevaron a la secesión de Katanga, lo cual dio lugar a la reunión del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas donde se votó una moción para admitir la intervención de las dos grandes potencias del momento en la zona. En todo el año 1962 y la mitad de 1963, Naciones Unidas en colaboración con el Gobierno central del Congo, lograron la unidad del país reincorporando Katanga. Más tarde, en el año 1974, con la revolución de los claveles en Portugal se consolidó la independencia de los territorios de ultramar, especialmente, Angola y Mozambique. Los recursos mineros, sobre todo, los diamantes, han sido el foco de los conflictos: en Angola, República Democrática del Congo, los recientes de Liberia y los de Sierra Leona. En otras partes fue el marfil, por ejemplo de Angola y Mozambique, o bien la droga en Uganda.

En África del Sur, la liberación de Nelson Mandela “el prisionero más viejo del mundo”, el final del *apartheid* y el ascenso al poder de la mayoría negra, marcaron el final de una época. El gobierno demócrata del momento en Estados Unidos, deseoso de hacer olvidar los compromisos pasados, se erigió en “padrino” de los nuevos regímenes de África Austral y del Sur, dirigidos por antiguos marxistas ganados por la economía de mercado.

El apartado “ayudas al desarrollo” que se introdujo en los presupuestos estatales principalmente de las naciones industrializadas europeas, a partir de los años sesenta, mediante créditos, ayudas económicas y empresas directas apoyó con relativo éxito a los países de la región que acababan de lograr su independencia y no disponían de industrias ni medios financieros para pagar la industrialización

A pesar de las actividades que hemos mencionado en el ámbito regional, a partir de entonces los Estados africanos del área se replegaron sobre sí mismos intentando solucionar el gran número de problemas de organización política y económicos que habían quedado sin resolver. Las relaciones económicas de la zona con el conjunto de las antiguas metrópolis colonizadoras, conocieron definitivamente modificaciones realmente significativas, motivadas por la presencia europea, que antes mencionamos, que se configuró así en un doble aspecto: de ayuda real para el desarrollo industrial del África Atlántica y continuación de un aprovechamiento, respetuoso con el medio ambiente, de las materias primas que esta región posee.

Últimamente, los acuerdos de cooperación de la Unión Europea, los denominados acuerdos África, Caribe, Pacífico (ACP) que se han regulado hasta hora por la Convención de Lomé, han permitido una mayor distribución de sus productos en el mundo, abriendo con ello la puerta en el marco de la OMC, a sus posibilidades de desarrollo y a otras oportunidades e iniciativas del resto de la comunidad internacional y, por lo tanto, a los países del área del “océano Moreno”.

Las relaciones internacionales en el área hoy día

La finalidad de este apartado es señalar las principales tendencias en la actuación de los Estados y la acción de determinadas potencias sobre el espacio estratégico que conforman el Atlántico Sur y sus fronteras, en la actualidad.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, las relaciones internacionales pasaron a un sistema bipolar Este-Oeste y después de la caída del muro de Berlín y el estallido de la Unión Soviética en 1991, se transformaron en lo que han definido como geopolítica del caos unos; y otros, nuevo desorden mundial (véase Pedro Orive: *Nuevo desorden mundial*, Eudema; Madrid, 1991). Esta situación abrió inmediatamente el campo para una dinámica de soluciones a lo que, hasta entonces, parecía imposible de regular, especialmente en África. En Angola y Mozambique se pusieron en marcha negociaciones para la resolución de los conflictos en la zona, al amparo de Naciones Unidas. Tras los protagonistas locales, en muchos lugares del continente negro, que sufrían algunas de las guerras más largas de su historia, se encontraban mercenarios de todo tipo, soldados cubanos, servicios secretos soviéticos, entregas de armas o fondos chinos.

La emergencia de Estados Unidos de América como potencia única en el concierto mundial ha condicionado todo lo referente a las relaciones entre los estados, imponiéndose dos opciones claras para definir como premisas fundamentales de estas relaciones: la seguridad, y en esa dirección orientan, con matizaciones, las autoridades norteamericanas su cooperación en toda Iberoamérica; o que las relaciones económicas son prioritarias y en ese sentido podríamos señalar la tendencia, más universal, que indica que no sólo los países son los actores principales a tener en cuenta, sino que existen organizaciones empresariales multinacionales que influyen en el desarrollo diario de la vida internacional y así debe entenderse la influencia de la Unión Europea en la región y en cierta medida de los propios norteamericanos.

Al mismo tiempo organizaciones supranacionales asumen un papel protagonista, por ejemplo, Naciones Unidas, la OEA, la Unión Europea y otras que actúan modificando comportamientos y obligando a actitudes que favorezcan, en muchos casos de acuerdo con el Derecho Internacional, las actividades de todo tipo que se llevan a cabo en el área como campañas comerciales, contra el hambre, sanitarias, etc. En estos últimos supuestos cobran una gran importancia como brazo ejecutor, las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que, procedentes de los países del primer mundo, desarrollan su trabajo, especialmente desinteresado, en la zona.

Asimismo hemos de reconocer que todos los Estados actúan racionalmente, aunque, por razones obvias, no siempre a partir de una información completa y segura, ni con preferencias o lealtades inalterables, sino de acuerdo con intereses individuales o de bloque y alianzas del momento. Todos buscan poder o influencias en las zonas donde actúan aunque no siempre se producen estas actividades en los mismos y justos términos, por ejemplo en el tráfico de armas, la lucha contra las guerrillas o bien contra el comercio de la droga.

En este marco hemos de entender que la cooperación con la región es posible y que las diferentes instituciones culturales, económicas, políticas o militares nacionales de uno y otro lado del Viejo y Nuevo Mundo que intervienen, lo hacen de acuerdo con la percepción de sus propias valoraciones de la realidad y de cada momento en la zona. Al mismo tiempo ha de entenderse que esta cooperación, cuando se produce, puede tener lugar en situaciones en las que hay una combinación de intereses que pueden ser conflictivos, contradictorios y en muchos casos complementarios, reconocemos, por lo tanto, una cierta anarquía en el sistema internacional y especialmente en la acción política. Se comprende de esa manera que la intervención de las naciones a título individual, Estados Unidos, o en grupo como la Unión Europea, en el Atlántico Sur es en muchos casos interesada.

Hoy, aunque la Unión Europea sea el principal interlocutor comercial de los países del Cono Sur atlántico, continúa mostrándose, a pesar de lo expresado anteriormente, poco sensible a una eficaz apertura hacia la región. En la Unión parece primar la noción de una Europa fortaleza, abstraída en otras zonas y celosa por preservar sus intereses económicos inmediatos. El famoso puente ibérico parece tener de todo un poco; buenos propósitos y algunas expectativas, y, en muchos casos, manifiesta inoperatividad. La idea por lo tanto de crear una arquitectura de cooperación económica y de seguridad en el área no es nueva y existen datos históricos que lo avalan.

En las dos orillas del océano Atlántico se desarrolla separadamente una actividad económica y política muy intensa, especialmente con Estados Unidos, la Unión Europea, Japón, Reino Unido, Francia y España. En lo económico, los países del área representan un producto nacional bruto superior a los 600 millones de euros, lo

que equivale a un 5% del producto mundial son datos del año 2000. Esta actividad no obstante, se haya desigualmente repartida a ambos lados del “océano Moreno”.

Como ya se ha afirmado toda la zona no constituye una región económica, los intercambios entre los países que la conforman son muy pequeños en comparación con los que se mantienen con los países ya mencionados en el párrafo anterior. Es importante señalar que toda la región muestra signos de gran dependencia económica de las naciones del Primer Mundo lo que condiciona, de modo muy particular, las percepciones políticas de los gobiernos, empresas y elites que la controlan.

El desarrollo acelerado de la globalización, con todo lo que supone en el concepto social, económico y político, supera las barreras nacionales y repercute obligando cambios en el contexto internacional. Al mismo tiempo aparecen amenazas a la seguridad más diluidas y complejas que nunca, que trascienden fronteras, unos ejemplos nos pueden ilustrar rápidamente, nos referimos a la emigración incontrolada en manos de mafias a uno y otro lado del río Grande o en las costas de Florida, el tráfico de drogas y el terrorismo que amenaza una parte de Iberoamérica y África Negra, o bien los conflictos étnicos en África del Sur todavía no concluidos, por citar algunos de ellos. Estos factores desestabilizadores de la convivencia van a tener una incidencia cada vez más considerable, creemos, sobre la paz y la seguridad en la zona y pueden convertirse en una amenaza interior de agresión para los estados que la conforman y, por ende en perjuicio de su desarrollo económico.

El fenómeno de la globalización no sólo afecta a la política sino también a las relaciones comerciales y a las comunicaciones; especialmente por el auge de las nuevas tecnologías que repercuten, en un caso, en la manipulación de productos y en su transporte, y en el otro, a los nuevos procedimientos de transmisión de datos.

La globalización es también una creciente interrelación de individuos, al mismo tiempo como hemos afirmado anteriormente, la globalización económica se refiere a una interrelación de economías que afecta a los Estados y a las empresas multinacionales y se basa en dos aspectos: el primero, la eliminación de barreras al comercio; y el segundo, la libre circulación de capitales. Esta variante económica, puesta de manifiesto en Cancún en estos días, en la reunión de la OMC, es la que

más polémica genera; mientras unos la defienden como una vía de futuro para una sociedad global, otros la atacan argumentando que es la principal causa del aumento de las diferencias entre el Primer y Tercer Mundo.

Los productos culturales e industriales circulan con más rapidez aún que las personas. La inmensa mayoría de los consumidores compra y recibe productos de todo tipo de cualquier parte del mundo; en ese sentido, los efectos de la globalización repercuten en los países de la región que estudiamos de forma considerable. Si finalmente centramos el análisis en los aspectos culturales, tan sensibles en el Atlántico Sur, deteniéndonos en el elemento integrador que la lengua significa; el atractivo y utilidad que se perciben en todo el entorno estudiado, hemos de convenir que es un factor estratégico de influencia en la zona de los países que forman la comunidad iberoamericana.

En el caso que nos ocupa, América Latina al contrario que la mayor parte de África, despierta en el mundo un mayor interés y corre menos riesgo de ser “dada por perdida”, ya que genera el 5% del Producto Interior Bruto (PIB) mundial, importa anualmente bienes por una cuantía de alrededor de 250.000 millones de euros, tiene una deuda externa de más 750.000 millones de euros, la mayor parte en manos de inversores de países desarrollados, y acumula inversiones extranjeras directas por más de 500.000 millones de euros. En el año 2001, el continente africano, excluida Suráfrica, recibió de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). 7.200 millones de euros de Inversión Extranjera Directa, frente a los 68,500 que fueron derivados hacia Iberoamérica. En ese mismo año, África, por increíble que ello pueda parecer, recibió una cantidad muy por debajo de su peso específico en el área, similar a países europeos no superiores a los siete millones de habitantes, por ejemplo Finlandia.

Estados Unidos potencia continental y mundial en el área

Una vez asegurada su estabilidad interior, Estados Unidos de América se propusieron desarrollar un papel activo en el campo internacional. La doctrina Monroe no es un hecho aislado, sino el resultado de un duelo largo y consciente en el orden diplomático con el Reino Unido de la Gran Bretaña. Por sistema, Norteamérica evitó desde el comienzo seguir en sus relaciones internacionales los

habituales estilos típicos de la diplomacia europea. No es por casualidad que la doctrina Monroe, aunque dirigida exclusivamente a un organismo interior como era el Congreso del país, fijara implícitamente, frente a las demás potencias, unas zonas de influencias no negociables.

Estados Unidos han atravesado periodos con grandes problemas en lo que se refiere a las reglas relativas a su propia historia diplomática. No obstante la negativa a la acción concordada con otros Estados y la preferencia por la unilateralidad, fue antes y es hoy constante en su acción exterior y se debe a la convicción de que la República Federal de Estados Unidos es diferente, más aun, superior a los países europeos, y a la conciencia de las enormes posibilidades que como nación bien organizada, en un continente despoblado y dividido como el suramericano, podía obtener de su rechazo a los sistemas de equilibrio característicos del Viejo Mundo. Estados Unidos se había adelantado a las potencias colonialistas en la comprobación de que bastaba con hacer vigente la influencia económica sobre el país, para no tener necesidad de que cambiase la estructura política del mismo, como ya hemos afirmado a lo largo de este trabajo. Por esa razón podían presentarse en todas partes como adversarios del sistema colonial europeo,

Uno de sus primeros pasos en esta política fue la guerra hispanoamericana, que aunque tuvo amplias consecuencias en el Pacífico, se había originado en el Caribe. El objetivo inmediato a la declaración de guerra a España había sido la ayuda a los independentistas cubanos. Cuba había siempre considerada por Estados Unidos de una especial importancia económica y sobre todo estratégica: era entonces y es hoy el paso en el mar Caribe hacia América del Sur. Siempre ha preocupado a los norteamericanos el incremento constante de las relaciones entre los iberoamericanos y Europa, y el Gobierno de Washington ha considerado esa actitud como una amenaza a la letra y al espíritu de la doctrina Monroe.

Antes de seguir adelante, quisiéramos señalar lo que en su momento fue decisivo para clasificar, digámoslo así, el desarrollo de los Estados. En enero del año 1949, en su discurso sobre el Estado de la Unión, el presidente Truman abrió la era del “desarrollo”. A partir de ese momento ya no habría más bereberes, tais o guaraníes, sino naciones subdesarrolladas, en vías de desarrollo gracias a las ayudas aportadas por las que ya se consideraban desarrolladas, encabezadas lógicamente

por Estados Unidos, basándose en una clasificación efectuada con la ayuda de un nuevo indicador: el PIB. El nuevo imperio había descubierto una nueva ideología para legitimar la expansión del neocapitalismo, amenazado en cierta medida en el Sur por la reivindicación de un nuevo orden económico internacional.

En otro orden de cosas, la caída del muro de Berlín acabó, como sabemos, con la guerra fría y transformó a Estados Unidos en la única potencia mundial de primer orden y ha significado la victoria de algunos principios bien definidos: democracia y libre mercado. Como consecuencia sus relaciones con Iberoamérica han sufrido desde entonces un cambio sustancial, ya no se apoyan en lo que en los años sesenta se llamó política de seguridad nacional y ha pasado en los últimos tiempos a un apoyo a los procesos de democratización y liberación económica que desde 1980 al 2000 se han extendido por el continente americano, donde Chile y Perú pueden ser ejemplos claros de ello.

Como es lógico, la primera influencia de la gran potencia americana se proyecta a través de sus fronteras, especialmente en este caso la del Sur. Cabe configurar la frontera hispano americana con un espacio y a la vez un proceso generadores de vínculos e intereses, acercamientos y enfrentamientos recíprocos entre, por un lado, México y los países hispanos del Caribe y, por otro, Estados Unidos (véase Ernesto Barnach: "La frontera hispano-anglonorteamericana", *Cuadernos de Estrategia* número 118, Ministerio de Defensa).

Esta línea fronteriza se extiende a lo largo de 3.200 kilómetros, formando en su conjunto una divisoria terrestre y fluvial, el río Grande, que lo separa de Estados Unidos de México y que se prolonga a través del golfo del mismo nombre, distanciando Cuba, la República Dominicana y Puerto Rico del territorio continental estadounidense, pero a solo noventa millas en su distancia más corta.

Para el vecino americano, estos países no sólo se sitúan en su zona más próxima, sino donde su presencia, influencia y poder se ha dejado sentir, como también en el resto del continente en mayor o menor medida, de una forma más intensa. Estados Unidos de América han intervenido desde los finales del siglo XIX hasta hoy, en toda el área: política, económica y culturalmente. Especial interés representó la reunión de la OEA, en agosto de 1960, allí Estados Unidos dejaron claro que se proponían

parar la embestida revolucionaria y comunista con el apoyo del mayor número de gobiernos hemisféricos posible.

En el año 1961 el gobierno del presidente Kennedy dio, a través de su Departamento de Estado, las llamadas instrucciones “Summary Guidelines Paper, United States Policy Toward Latin América, 3 de julio de 1961” (véase Jorge G Castañeda: *Che Guevara*, colección ABC S.L. 2003), que fueron secretas hasta 1996, de las que hoy podemos destacar estos tres puntos, que creemos importantes, tendentes a evitar el asentamiento marxista en la zona:

- Proporcionar una asistencia a América Latina, sobre todo durante los siguientes diez años, para mejoras en la educación y la salud, para reformar el sistema y la administración tributaria, la vivienda, una mejor y más equitativa utilización de la tierra, la construcción de carreteras y otras instalaciones públicas, establecer empresas productivas y mejorar la distribución de los ingresos del Estado.
- Otorgar una atención especial a la mejora de las zonas rurales y a las condiciones de vida de los grupos indígenas y de campesinos.
- Instar y ayudar a todos los países a establecer planes de desarrollo equilibrados y a largo plazo.

El temor a la revolución marxista dio origen a la llamada Alianza para el Progreso cuyo propósito no era más que evitar nuevos estallidos revolucionarios, mediante la canalización de cuantiosos recursos a los países al sur del río Bravo.

En la memoria de todos está la crisis de los misiles desplegados en Cuba por la Unión Soviética. El 14 de octubre de 1962, aviones espías U-2 sobrevolando la isla de Cuba, descubrieron que los soviéticos estaban instalando rampas de lanzamiento para ingenios balísticos y almacenando bombarderos *Ilyuchin* y cohetes tierra-aire (los famosos SAM) para proteger el conjunto a sólo 150 kilómetros del territorio estadounidense. El ultimátum a los rusos de retirada y desmantelamiento de instalaciones queda resuelto cuando el presidente Krushev, el 26 de octubre, hace saber al presidente Kennedy que está dispuesto a negociar. Tres días después acaba la crisis (véase André Kasp: *John F. Kennedy*, colección ABC, S.L., 2003).

Asimismo, Estados Unidos ha llevado a cabo intervenciones militares como muestra de su poder y dominio en multitud de ocasiones, de acuerdo con la filosofía de actuación ya mencionada, dando lugar a situaciones a veces difíciles, por ejemplo la intervenciones en: playa Girón y bahía de Cochinos, Cuba, en 1961 o en la isla de Granada y Panamá, que han condicionado la vida de la región. No obstante, hemos de añadir que gracias a la mediación de Estados Unidos en el conflicto fronterizo de 1995 entre Perú y Ecuador, éste fue resuelto satisfactoriamente.

Por otro lado, todo un contraste, la emigración procedente del resto del continente ha supuesto una presencia física a este lado de la frontera que ha dado lugar a un elemento de poder: el mestizaje hispánico, el cual constituye la principal minoría del país. Son más de 25 millones de hispanoparlantes los que residen dentro del territorio norteamericano, sus organizaciones, cada vez más numerosas, conforman un núcleo de opinión muy importante, cuya captación es muy deseada por los dos partidos políticos mayoritarios para obtener su confianza y de esa forma su voto, especialmente en zonas como California, Texas, Nueva York o la Florida, viéndose en la obligación de tomar en consideración los países de origen de estos votantes.

A partir de 1990, Estados Unidos anunció su renovado compromiso con el ALCA que, con 34 países, ochocientos millones de habitantes y el 40% de PIB mundial puede llegar a ser el bloque comercial más grande del mundo.

De acuerdo con la orientación de su política exterior, sobre todo el continente, y al mismo tiempo que se llevaba a cabo la reunión de Maastricht en Europa donde se realizaba la definición de la Unión Europea, los norteamericanos conjuntamente con Canadá y México aprobaron el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA), una repuesta adecuada para equilibrar la iniciativa europea. La Cumbre de las Américas que tuvo lugar en Miami en 1994, se hizo coincidir con la entrada en vigor de dicho Tratado.

Es importante señalar que con datos de principios del año 2001, sobre el comercio de Estados Unidos con Iberoamérica, sus exportaciones a la zona ascienden a 45.000 millones de euros, cifra que prácticamente dobla a la de la Unión Europea y supera a gran distancia las realizadas por Japón y Canadá.

Los expertos norteamericanos con influencia en la administración norteamericana opinan (véase Joseph Nye: *The Paradox of American Power*, Oxford University Press, Nueva York, 2002) sobre el caso iberoamericano y manifiestan que en estos momentos en materia de seguridad y defensa, el poder flexible es el procedimiento para lograr la cooperación interregional y permite medidas compartidas aprobadas en el marco de la OEA para garantizar la seguridad en los momentos actuales. Una segunda premisa importante es que las Américas constituyen una zona de paz, no existen problemas de enfrentamiento bélico entre los países del área y, finalmente, el problema de seguridad es en gran parte responsabilidad nacional, pero debe ser reforzado por actores transnacionales que permitan complementar las actividades en este campo, convencidos de que determinadas acciones como el tráfico de drogas en que los Gobiernos de Estados Unidos e iberoamericanos han hecho un enorme esfuerzo para erradicar las plantaciones, por ejemplo en el reciente plan Colombia. Del mismo modo, el terrorismo o el lavado de dinero son actividades estratégicas que los estados tienen dificultades para contrarrestar por sí solos y recordar, por último, que las iniciativas sobre seguridad requieren el liderazgo de los Estados Unidos para que sean fructíferas.

Estados Unidos es más que esto o aquello, sus universidades capitalizan el mayor presupuesto para investigación del mundo occidental, sus industrias del cine, las telecomunicaciones, la aerospacial, los automóviles, la música, la moda o el deporte, por citar algunas de ellas, mueven los mayores capitales en el mundo de hoy. Cada elemento de este surtido ha dejado de ejercer separadamente como tal; el fenómeno, ahora, consiste en que es la totalidad norteamericana lo que importa como un lote completo. No se trata sólo de los modos de vida, tantas veces aplaudidos, sino el contenido de la vida; no sólo la manera de divertirse, sino cómo hacerlo; no sólo unos eslóganes más o menos gráficos, sino una lengua; las formas de vestir, los planes de estudios y hasta las sectas religiosas son en nuestro planeta de naturaleza americana.

Da lo mismo que se el fenómeno se refiera al Reino Unido, Italia, España o a cualquier otro país del mundo occidental; el mercado único y la aldea global se hacen más claramente a la americana y podemos decir que así ocurre desde Japón a Chile, de Pekín a Moscú. Quizás tengamos que pensar que esto no va a seguir siendo así, pero para el área que estudiamos “el Dorado” habla inglés. Esto lo

comprueba uno mismo en cualquier momento, en cualquier esquina de una ciudad Argentina, en los programas proyectados en un televisor situado en el rincón más perdido de los Andes o la Tierra de Fuego, en definitiva, en los numerosos detalles que anuncian la simplificación, tan americana, de la vida.

Por ahora, ningún orden social ni político se opone a su modelo. Abatido el comunismo, degenerado el socialismo, sin que quede algo que reivindicar, nos convertiremos, fatalmente los occidentales, en una parodia americana. La diversidad del globo terrestre, convertido en mercado, debe mantener su personalidad, la comunidad que vive en el Atlántico Sur debe luchar por mantener su identidad, y así puede ser, si la definimos adecuadamente.

El atentado ocurrido en Nueva York el 11 de septiembre del año 2001, ya comentado en este trabajo, ha cambiado la forma de ver los acontecimientos mundiales de los políticos de Washington. Han tomado conciencia de que ya no se sienten protegidos en su prosperidad por una seguridad de alta tecnología, los efectos negativos de la globalización que pueden servir como caldo de cultivo para actividades terroristas, obligan a los estadounidenses a implicarse de forma definitiva en la resolución de los problemas de interés general para el mundo como la defensa del medio ambiente, las drogas, el tráfico ilegal de armas (incluidas las de destrucción masiva) o la definitiva consolidación del Tribunal Internacional de Justicia, y convencerse de que no sólo es necesario ganar las guerras, como ocurre en estos momentos en Irak, confiando el resto al curso de la Historia.

Sin embargo, la opinión dominante en el mundo político norteamericano es que la hegemonía total sobre el mundo no está garantizada. Lograr ese objetivo por medio de acciones unilaterales, seguirá siendo peligroso y costoso. Para que el siglo XXI sea norteamericano, habrá que asegurarse el apoyo, incluso provisional, de socios. Richard Haas, director de estudios de Política Exterior de la Brookling Institution y antiguo consejero especial del presidente George Bus, es un representante cualificado de esta corriente mayoritaria (véase Michel T. Klare: "La nueva estrategia militar de Estados Unidos. Geopolítica del caos", *Le Monde Diplomatique*, 1999 Barcelona). Por ello, para lograr la paz, se necesita contar con los demás y su calidad reconocida de superpotencia, obliga a Estados Unidos a controlar sus propios intereses, a veces no comunes a los del resto del mundo, y a facilitar los

caminos del entendimiento para un mejor reparto de la riqueza y los bienes mundiales (véase Jhon J. Mearsheimer: *The Tragedy of Great Power Politic*, Nueva York, 2002).

Es precisamente con este lenguaje como Washington puede ejercer su carácter de líder mundial en el continente africano. En marzo de 1998, durante su primera gira al continente negro, el presidente Willian Clinton aplaudió la buena realización constructiva de algunos de los países del llamado bloque del “renacimiento africano” como Uganda, Botsuana o Costa de Marfil nuevos aliados del lugar en aquellos momentos. Estados Unidos, bajo la etiqueta de Iniciativas de Reacción a las Crisis Africanas (ACRI), *Áfricanc Crisis Response Initiative*, ha entrenado a unidades de varios países voluntarios, entre ellos Malí, Uganda y Senegal, y tropas norteamericanas participaron en abril de 1999 en los ejercicios de la Comunidad de Desarrollo de África Austral.

Esta realidad de primera potencia, puesta de manifiesto en estos días en Liberia, hace que los dirigentes africanos miren a Estados Unidos como garantía de seguridad para sus pueblos. A lo largo de los dos últimos años se han producido signos e iniciativas de paz y entendimiento que alientan una cierta esperanza para relaciones pacíficas en este atormentado continente, y su mejor ejemplo son los esfuerzos de paz en la República Democrática del Congo.

Al finalizar el siglo XX y en los principios del siglo XXI, aún quedan por despejar algunas dudas, especialmente en cuanto a las desigualdades existentes y a la consolidación de las democracias en el área del Atlántico Sur, el “océano Moreno”, si bien poco a poco van afianzándose en ese camino. Estados Unidos, con las particularidades de cada país, pueden facilitar enormemente la tarea.

La Unión Europea en el área del Atlántico Sur

La cooperación de la Unión Europea con los países de la región no puede basarse meramente en un interés comercial, sino en función de que Iberoamérica y el Caribe como Europa y los países de la fachada atlántica africana en general, son parte sustancial y reconocible de Occidente. Con este término se pretende reflejar la

participación de las naciones europeas, africanas y americanas en una comunidad de valores que está en el origen de nuestras sociedades tal como las conocemos.

Por encima de las particularidades de cada país que la Historia ha forjado, la pertenencia a la comunidad occidental significa que la democracia, el reconocimiento y respeto a los derechos humanos y a las libertades individuales, y un determinado concepto de la dignidad humana son principios constitutivos de estas naciones. Cualquier excepción a esta regla se considera precisamente eso, una excepción, tanto en el tiempo como en el lugar donde esto ocurra. En un mundo que se descompone de forma preocupante, Europa está llamada a asumir su destino político de centro ordenador de Occidente. Nadie puede escapar a su pasado, ni a su historia.

Las relaciones de la Unión Europea con las naciones tanto iberoamericanas como africanas de la zona, exigen un tratamiento individualizado o de grupo en función del propio grado de desarrollo de cada uno de los Estados en cada lado del Atlántico Sur.

La colaboración que la Unión Europea mantiene con la América Latina no se refiere sólo al ámbito comercial y económico, sino que profundiza, además, en otros espacios como los culturales y constituye hoy día uno de los hitos importantes de las relaciones exteriores de la Unión Europea. Sin temor a equivocarnos, opinamos que este capítulo empezó a escribirse de forma firme a partir de 1985, fecha de ingreso de España y Portugal en la entonces Comunidad Europea.

Si consideramos cuál era la relación de la Unión Europea con Iberoamérica en esos momentos, la podemos resumir en las siguientes líneas: antes del año 1985, los países latinoamericanos formaban parte de los denominados “países no asociados”, expresión que describía de forma clara una realidad enmarcada en el desinterés y el olvido. Las ayudas que destinaba la Comunidad Europea entonces a toda Latinoamérica alcanzaba un máximo de treinta y ocho millones de euros anuales. Los acuerdos de cooperación denominados de “primera generación” se limitaban en su letra a mencionar algunos aspectos comerciales, sin carácter preferencial. La Unión Europea tenía dos oficinas situadas en Chile y en Venezuela de pequeña entidad.

Desde esos tiempos las relaciones interregionales se han ido desarrollando y conformándose con un gran número de actividades de cooperación y dotándose al mismo tiempo de mayores presupuestos y aportaciones de personal técnico responsable en ambos lados del Atlántico.

Si estudiamos los programas de relaciones de la Unión Europea con Iberoamérica, aparece una tupida red de acuerdos, nutridos de numerosos instrumentos de cooperación y con alto grado de empleo de recursos financieros y humanos. Existe, en estos momentos, un gran número de estos tratados con los diferentes países y con las agrupaciones regionales en un nivel muy importante de diálogo político.

En primer lugar se han desarrollado acuerdos de última generación, negociados en esta última década, que incorporan cláusulas democráticas, concediendo un amplio espacio de cooperación económica que anticipan posibilidades muy ventajosas para los distintos ambientes sectoriales; en ese sentido, podemos reseñar acuerdos con la Comunidad Andina, con América Central y con el Mercosur.

Cuba es el único país con el que no hay acuerdos. Sus relaciones con la Unión Europea se articulan en torno a la denominada “posición común”, adoptada en diciembre de 1996. Los convenios que existían en favor de la ayuda humanitaria, han sido suspendidos recientemente de forma unilateral por el gobierno del presidente Castro. En el mismo sentido se han ampliado estos acuerdos de asociación a México y se negocia un futuro tratado de asociación con Chile.

En segundo lugar, las relaciones económicas y comerciales, cada vez más dinámicas, cuentan con elementos de ayuda a la cooperación como los programas de asistencia a las empresas, el concurso de préstamos del Banco Europeo de Inversiones y, en el caso de los países menos desarrollados del área, apoyos unidireccionales, por ejemplo, para la erradicación de la droga. La Unión Europea es el primer inversor extranjero en el área iberoamericana, por delante de Estados Unidos, aunque creemos, como hemos afirmado anteriormente en este trabajo, que debería implicarse aun más en la región. Es también el segundo socio comercial de toda el área.

En tercer lugar los distintos organismos de la Unión Europea mantienen un diálogo político regular y muy activo con los diferentes países y áreas económicas. Desde

1990 celebra reuniones ministeriales con el Grupo de Río, con Centroamérica (Grupo de San José), con Chile y con la Comunidad Andina. En ese sentido, es notable el éxito de las Cumbres de Río y de Madrid, esta última celebrada bajo la presidencia española de la Unión Europea en 2002.

Es importante, por último, señalar que la Unión Europea concede una especial importancia a las relaciones y acuerdos con los grupos supranacionales como el Pacto Andino o el Mercosur. No obstante se mantiene la opinión del acuerdo con determinados países como hemos ya señalado, por ejemplo México y Chile, al margen de sus participaciones en acuerdo regionales, NAFTA y Pacto Andino respectivamente.

La consolidación de este encuentro político y económico entre la Unión Europea y Estados del Atlántico Sur al más alto nivel, sirve para fortalecer a escala global los valores de la democracia y de los derechos humanos, valores que aspiran a tener una vigencia universal, aunque la realidad lamentablemente y por el momento, diste mucho de ese objetivo.

Las instituciones políticas europeas se han comprometido decididamente en el todavía frágil experimento democrático de la América Latina. Las principales organizaciones políticas de las naciones europeas conjuntamente con un gran número de fundaciones, se encuentran a la cabeza en el empeño para fortalecer el funcionamiento de la democracia en la región y de las instituciones locales que la apoyan. En este aspecto, la maquinaria de la Unión Europea ha participado activamente para lograrlo. Los gobiernos europeos prefieren tratar con homólogos estables, eficaces y democráticos de toda Iberoamérica antes que con las evidentes alternativas especialmente inestables.

Respecto a los problemas de seguridad en América Latina, el grado de preocupación de la Unión Europea es en general bajo y su disposición a intervenir escasa. Pero hay excepciones entre las que se incluyen posiciones coloniales residuales y compromisos del Reino Unido, Francia y, en menor medida, Holanda. Algunos Estados europeos han exportado cantidades considerables de armamento y tecnología con aplicaciones militares, incluso tecnología puramente militar, a la región. También países de la Unión Europea han participado en la producción

conjunta de material pesado y otros equipamientos de potencial uso militar. Específicamente España está llevando a cabo un fortalecimiento de las relaciones de seguridad y defensa con programas colaboración en la de formación tanto de mandos militares, como especialmente en la de cuadros, orientada a misiones de paz.

El fin de la guerra fría y la pérdida de la influencia soviética en ciertos países de la zona, como Angola, el fin del *apartheid* sudafricano y el considerable avance del proceso de democratización en este marco geográfico, han dado lugar a que la zona austral del continente africano haya sufrido en estos últimos años una serie de transformaciones políticas, económicas y militares que afectan a su posición geoestratégica y que han hecho pensar, con cierto optimismo, especialmente, a los países del arco occidental, que se orientan cada día hacia el mejor camino para su futuro.

Los países de esta ribera del Atlántico están marcados por los problemas políticos de sus gobiernos, cuyo carácter podríamos decir que es de evolución primaria, y se refieren a: extender a toda sus poblaciones los derechos civiles elementales, impedir guerras civiles entre etnias y, finalmente, intentar la consolidación democrática; todo ello, sin dejar de lado las características de su población y territorios.

El asesinato del presidente Kabila, a principios del año 2001, y la proclamación de su hijo como sucesor parecen marcar el comienzo de la pacificación del Congo. La reunión de Dakar del año 2002, donde la Cruz Roja ha conseguido que 16 países del África Occidental adopten medidas contra el tráfico de niños, así como la guerra ganada este año a las compañías farmacéuticas para el abaratamiento y libertad de producción de medicamentos contra el Sida marcan un verdadero hito en la evolución hacia unas mejores perspectivas de futuro para la zona.

La actual situación de Liberia en estos momentos con el final del gobierno del presidente Taylor y la intervención de *cascos azules* bajo la protección de la Armada norteamericana fondeada frente sus costas y asegurando la entrada de ayuda humanitaria a Monrovia, así como los efectos positivos de las negociaciones del secretario de Estado, Colin Powell, son noticias esperanzadoras para esta zona del

mundo y factores fundamentales a la hora de entender, con un moderado optimismo, tanto el estado actual de la región como en cada una de las naciones que la forman.

La Unión Europea también ha desempeñado un papel decisivo en estas cuestiones que mejoran el *modus vivendi* de toda la zona, a pesar de la inestabilidad presente en todo momento. La globalización ha permitido una cierta expansión de los sistemas neoliberales que han logrado una revitalización de las relaciones internacionales, lo cual unido a la facilidad de comunicaciones, al desarrollo de las nuevas tecnologías y a la actuación de las ONG han puesto en conocimiento, en particular, de los países de la Unión Europea de las carencias y necesidades de las naciones del área produciéndose como consecuencia, una inmediata ayuda desinteresada en beneficio de los habitantes de la fachada atlántica del África Occidental y de los países integrantes de la misma.

Desde antes de la independencia africana, los países europeos colonizadores, hoy prácticamente todos integrados en la Unión Europea, han llevado a cabo una actuación no estatal en estos territorios, dirigida a la búsqueda de una cierta capacidad formativa de las poblaciones indígenas tanto religiosa como profesional. Un gran número de instituciones procedentes de las católicas Francia, Bélgica y España, entre otras, así como de otras confesiones cristianas radicadas en Alemania o el Reino Unido han trabajado con éxito en ese sentido.

Los efectos de la globalización, ya comentados, especialmente en el área de la comunicación, han llevado hoy a la región a un gran número de organizaciones no estatales que desarrollan programas de ayudas al Tercer Mundo como los: sanitarios, contra el hambre, de urbanismo y otros, contribuyendo a la acción de la Unión Europea en la zona, precisamente apoyándose en programas económicos subvencionados por esta.

Influidas por estas series de transformaciones en el ámbito regional, antes mencionadas, las relaciones económicas del área con el conjunto de las antiguas metrópolis colonizadoras, han conocido ciertas modificaciones muy significativas en el pasado reciente. Así, el modelo mediante el que estas, ya citadas, relaciones se ejecutaban y regulaban entre la Unión Europea y los denominados países ACP, han ido sufriendo desde la época colonial diversas modificaciones, mejorando

procedimientos y facilitando mayores beneficios para los países integrantes de los llamados acuerdos de la Convención de Lomé, hasta nuestros días.

En el ámbito de la seguridad y defensa, la aportación de la Unión Europea es prácticamente nula. Sí podemos considerar que países como Portugal y España trabajan en el desarrollo de los Ejércitos de Angola y llevan a cabo actividades para el perfeccionamiento de los mismos, así como de las Fuerzas de Seguridad. Francia se ocupa en dos aspectos importantes de la seguridad en los países francófonos, el primero como garantizador de la estabilidad del África Subsahariana y el segundo permite una cierta capacidad de iniciativa a los ejércitos de la región aludida, armándolos e instruyéndolos, tanto en la metrópoli como en sus países respectivos. Gran Bretaña mantiene convenios de cooperación en diferentes áreas de la defensa, destacando entre ellos los de formación de altos mandos de los Ejércitos africanos de su entorno colonial y especialmente su relación, con altibajos, con África del Sur en estos aspectos es importante. En misiones de paz es de destacar la acción capitaneada por la Unión Europea en la República Popular del Congo (Bunia) en la que participan siete países europeos con fuerzas militares y observadores y que lidera el ejército francés.

Dentro de los condicionamientos actuales tanto políticos como económicos mundiales, podemos considerar que el desarrollo político de los países ribereños del Atlántico Sur se ha mantenido con cierta estabilidad económica al amparo de los veinticinco años que llevan funcionando los acuerdos de la Convención de Lomé, que les ha permitido un trato privilegiado con la Unión Europea, en comparación con el resto de los países en desarrollo. Las exigencias del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT)-OMC para modificar las condiciones de estas relaciones comerciales hacen que la Unión Europea se plantee otras soluciones para mantener, si cabe, su apoyo a las economías de la zona, buscando una nueva definición de los acuerdos más próximos a un área de libre comercio más actual y con menos problemas ante las relaciones comerciales del resto del mundo.

Francia, su presencia en el área

Según Nicolás Baberez, historiador y discípulo de Raymond Aron, Francia es la nación que peor se ha adaptado a las grandes transformaciones del sistema

geopolítico y económico mundial. En los últimos treinta años Francia lleva burocratizando y enquistando su economía. La deriva, el descontrol y la irresponsabilidad del estado “providencia” en bancarota, agravan todas las tensiones y líneas de fractura en su tejido social, socavando todos los principios de las relaciones sociales y embarcando, de camino, a su diplomacia en un descarrío arrogante que arruina su antigua credibilidad.

Aunque los franceses ya no quieren asumir hoy el papel de “gendarmes de África”, sí que podemos considerar que los acontecimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial les obligaron a tomar partido en los destinos del continente africano de forma decisiva. La independencia de Marruecos y Túnez en 1956, repercutió de una forma importante en el sistema colonial francés en el África Negra.

El socialista Gaston Defferre como ministro francés de Ultramar, dio a los territorios africanos una nueva estructura, concediéndoles una cierta autonomía, dentro del concepto colonizador aplicado por Francia (definido en el apartado de este trabajo “El reparto del África Negra”), mediante la creación de un consejo local dotado de poder legislativo y presidido por un representante del gobierno metropolitano. Para los políticos africanos, esta medida era sólo un punto de partida para posteriores acciones que fueran más allá de los acuerdos suscritos.

En esa época, los movimientos independentistas estaban en auge y la autodeterminación, como proceso de un fin colonial, era admitido por el conjunto de Naciones Unidas. Con el nacimiento de la V República de De Gaulle hubo una nueva reestructuración de los territorios franceses. Se propuso una “comunidad” para los territorios de ultramar con un control de la metrópoli sobre la política exterior defensa y los problemas económicos comunes. En el referéndum constitucional del 28 de septiembre de 1958, la reforma fue aprobada en todos los territorios excepto Guinea donde un político procedente de los sindicatos, Sekou Turé, afín a las posiciones radicales de Nkruma, había llevado a cabo una campaña en pro de la independencia total. Esta les fue concedida inmediatamente, acompañada de la ruptura de todas las relaciones de Guinea con la metrópoli, representando el más grave revés para Francia en toda la zona.

Posteriormente todos los países que votaron por la Comunidad Francófona fueron exigiendo su independencia que lograron en un plazo de dos años. Con tal de conservar los vínculos económicos y culturales, el Estado francés facilitó su separación política de la metrópoli. Francia ha ido tejiendo, de forma permanente, una red de acuerdos económicos, militares y de seguridad interior con los países africanos, antiguas colonias, en su gran mayoría unidos por la cultura francesa. Mantiene destacamentos de Fuerzas de Acción Rápida en algunos de ellos, además de cientos de consejeros y especialmente de cooperantes en áreas como la medicina, la enseñanza y la ayuda al desarrollo. A lo largo del tiempo ningún país occidental ha puesto en cuestión dicha actividad.

Los políticos franceses han dedicado siempre un espacio a cuidar las relaciones con sus antiguas colonias y los convenios están a la orden del día, aunque, eso sí, siempre cuestionados por los políticos de la oposición del gobierno de turno. Sin embargo, Francia ha desarrollado en las últimas décadas su potencial en este aspecto, logrando sus objetivos sin aparente dificultad. Su esfuerzo ha sido considerable, tanto en el plan económico como en el técnico: alrededor de 230.000 cooperantes franceses y muchas de las organizaciones no gubernamentales deben su existencia a los trabajos en la región y a los presupuestos del Estado francés.

A pesar de estas intenciones, la permanente inestabilidad política de los Estados africanos y la gran dificultad para enfrentarse a los efectos que produce la tormenta de la globalización son otros de los inconvenientes para una adecuada cooperación, hoy día, entre Francia y los países de su área de influencia en la fachada atlántica africana.

Capítulo aparte en este caso merece la ayuda militar a los estados francófonos. Los convenios de equipamiento, formación y entrenamiento de unidades son de una importancia notable. Estas naciones se abastecen y arman de toda clase de medios -vehículos ruedas y cadenas, artillería autopropulsada, armamento ligero- a través de las industrias de armamento metropolitanas, y permiten el despliegue de unidades francesas sobre sus territorios. Para dar una nueva imagen, en el año 1999, Francia abrió en Costa de Marfil una escuela militar, aprovechando el material logístico y de combate preposicionado para las maniobras *Guidimakha*, llevadas a cabo en el Senegal en marzo de 1998.

Francia mantiene acuerdos de defensa y seguridad con la mayor parte de las naciones que conforman la vertiente atlántica africana como Costa de Marfil, Senegal, Camerún o Gabón, entre otras. Firmó también convenios muy importantes sobre moneda, apoyados en el franco, aunque en estos momentos el euro haya hecho que esta área mantenga una moneda cuya garantía ya no recae en la antigua moneda francesa.

Una característica importante de la política francesa en la zona, es que considera que para garantizar la estabilidad de los Estados del área, se han de conceder ciertas libertades, especialmente, a la clase dirigente. Este pragmatismo ha hecho a los políticos africanos muy dependientes del Gobierno de París, obteniendo así unas ventajas que en muchos casos han ido en perjuicio del pueblo africano.

Sin embargo, en el campo de las relaciones internacionales, Francia es una de las naciones de mayor prestigio y ascendencia para los africanos, lógica consecuencia de su conocida política de presencia en la región. En enero del 2002 se celebró en Yaundé, Camerún, la Cumbre Franco-Africana a la que asistieron 25 jefes de Estado sobre un total de 52 delegados, y donde se discutieron, de forma franca, los principales problemas del área: alimentación, sanidad, créditos y deuda exterior, así como los problemas de seguridad que afectan a África.

Desde luego la responsabilidad de las desgracias del continente no puede atribuirse a factores externos: África está obligada a asumir su propia realidad. Basta recordar el pillaje organizado por las clases dirigentes en sus propios territorios, o las prácticas de redistribución de los recursos por el Estado a sus ciudadanos basadas en mecanismos de predación que han llevado a la ruina más dura a numerosos países africanos, como el antiguo Zaire del mariscal Mobutu. Tampoco se puede ocultar el peso de las redes mafiosas y los poderosos *lobbies* que controlan los grandes recursos estratégicos de que disponen estas naciones, y que a la vez apoyan, sin ningún tipo de condicionantes morales, a las dictaduras corruptas que las gobiernan.

El Reino Unido, su influencia en la región

Como ocurría en otros teatros geopolíticos, a finales de 1946, las colonias británicas en el Atlántico Sur no tardaron mucho en lograr su independencia. Acabada la Segunda Guerra Mundial, África era un campo de cultivo para la inestabilidad. Con la clara aparición de los dos únicos bloques hegemónicos en el mundo, se adelantó el proceso de emancipación latente, especialmente, en el África Negra.

El Reino Unido y su gobierno mantenían el procedimiento de ceder el poder, de forma gradual, sobre las instituciones de sus colonias. El ingreso de los nuevos estados en la Commonwealth debía ser garantía para preservar los antiguos vínculos, de todo tipo, entre estas nuevas naciones y Londres.

La primera colonia que se separó de Gran Bretaña fue la denominada “costa de oro”. En ésta había intervenido desde el año 1949 un activo movimiento nacionalista denominado Partido de la Convención del Pueblo dirigido por Nkruma. Como consecuencia de sus acciones, Londres tuvo que conceder al país una primera autonomía en 1948. En las elecciones desarrolladas en 1951, este partido obtuvo la mayoría, colocando a Nkruma al frente de un gobierno que unió a las funciones ejecutivas la posibilidad de actividades legislativas. Finalmente en el 6 de marzo de 1957, el país logró definitivamente su independencia con el nombre de Ghana. Nkruma fue uno de los líderes africanos que propugnaron las tesis de la neutralidad con el objetivo de evitar en África las influencias coloniales e impedir allí la intromisión de Estados Unidos y la Unión Soviética.

Nigeria, la más extensa de las colonias africanas de Gran Bretaña, obtuvo en 1960 su independencia. Un año más tarde África del Sur proclamó su independencia total del Reino Unido, a la vez que se separó, de forma absoluta, de la Commonwealth. Los países de la margen este del Atlántico Sur de procedencia colonial británica, cerraron así el periodo de dominio de los ingleses en el África Negra.

La creación de la Organización para la Unidad Africana (OUA) en mayo de 1963 en Addis Abeba, pareció conferir un nuevo vigor a la idea de colaboración entre los estados africanos, la carta de la OUA subrayaba la lucha contra las potencias coloniales y la discriminación racial en el área, el no alineamiento con las grandes potencias y la no injerencia en los asuntos internos de cada uno de los Estados. En

cierta medida no se cerraba la puerta a la influencia política, en este caso del Reino Unido en el África Atlántica, quedando patente que los intercambios comerciales, de todo tipo, permanecían sujetos a una cierta dependencia de la antigua metrópoli. El Reino Unido se ha esforzado en la organización de seminarios de operaciones de paz para ayudar a la OUA a mejorar su capacidad de preparar y desplegar unidades africanas de mantenimiento de la paz en toda el continente.

Especial mención merece la isla de Ascensión a 1.600 kilómetros de la costa africana y a 2.800 de la suramericana. Desde los primeros tiempos de los viajes sudamericanos y surafricanos tuvo importancia como punto ideal para las comunicaciones y estación de correos. Bajo bandera británica desde 1815, en noviembre de 1941 el Reino Unido decidió ceder el uso de la isla como base de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. A partir de 1963, la BBC construyó una estación de radio para sus emisiones africanas y latinoamericanas con lo que se ha mantenido la influencia británica en esa región.

La independencia de los países iberoamericanos en modo alguno quebró los lazos británicos con la región a pesar del gradual resurgimiento del predominio estadounidense. Gran Bretaña retuvo durante mucho tiempo territorios en el Caribe, conservando algunos hasta hoy, y mantiene una importante presencia económica en el Cono Sur americano. Sus exportaciones a la zona superan los 2.500 millones de euros y las importaciones los 3.000 millones de euros, ambos datos constituyen la media de las actividades comerciales en los dos sentidos, de los diez últimos años aproximadamente.

Son bien conocidos los problemas de Argentina y Gran Bretaña sobre la soberanía sobre el archipiélago de las Malvinas. Después de la guerra entre ambos países por su posesión y la resolución de la Asamblea de Naciones Unidas, que pedía a los dos estados que reanudasen las conversaciones para su descolonización, la situación está aún sin resolver a la altura de este año 2003. El Reino Unido sigue detentando lo que siempre mantuvo que era suyo y ha impuesto su dominio sobre el territorio disputado, desplegando fuerzas militares sobre éste, así como sobre las Georgias del Sur y las Sandwich del Sur. La teoría que sostiene su postura, desde el punto de vista geopolítico, es que los estados determinan su comportamiento de acuerdo con

sus intereses y devenir histórico, mediante la ocupación territorial y esto representa, en todo momento, un derecho irrenunciable.

Existen ciertas opiniones que afirman que el Reino Unido ha perdido influencia militar en Latinoamérica como resultado de la guerra de las Malvinas, a pesar de su brillante victoria (véase A. Mínguez, A. Sánchez-Gijón: *El Atlántico Sur*, Instituto de Cuestiones Internacionales; Madrid, 1985). No existe simpatía alguna por la idea de que los británicos sigan indefinidamente en el archipiélago, contraviniendo a Naciones Unidas, ya que va en contra de las percepciones e intereses de las naciones americanas de la región, con la excepción posiblemente de Chile como país fronterizo y que históricamente ha mantenido en el campo militar algunas diferencias.

Japón. La ruptura de un aislamiento

Finalizada la Segunda Guerra Mundial con la derrota japonesa en el Pacífico y Extremo Oriente, los dirigentes japoneses al amparo del bipolarismo nacido de esta contienda, pudieron concentrar todos sus esfuerzos en el relanzamiento de su economía y la consecución de su competitividad mundial, eximiendo al país de plantearse la cuestión de su puesto en la sociedad contemporánea y, por lo tanto, de sus consiguientes responsabilidades, como por el contrario ocurría con los países aliados vencedores.

A partir del gobierno del presidente Nixon, se plantea esta cuestión y desde entonces su seguridad deja de depender de Estados Unidos, pasando a ser responsabilidad de ellos mismos. En este aspecto, Japón ha de tener en consideración la postura de sus dos importantes vecinos, China y la Unión Soviética, con los que, aunque con altibajos, ha mantenido siempre buenas relaciones, haciendo olvidar las antiguas pretensiones niponas en el continente asiático y en el océano Pacífico.

El mundo occidental debía de ser consciente del papel que había de desarrollar esta gran nación en el concierto internacional, cosa que no se hizo esperar: su desarrollo humano, económico y cultural ha sido tan importante que se ha convertido en un

polo de influencia, especialmente económica, en todo el orbe, ocupando uno de los tres primeros lugares entre las potencias más desarrolladas del mundo.

Si consideramos de una manera formal su historia y su propia geografía y cultura, no nos parece que estos aspectos hayan tendido a aislar Japón de Iberoamérica. Asimismo, durante las últimas décadas los japoneses, con la energía, tesón y constancia que les caracterizan, se han forjado en la región una posición significativamente importante aunque, por ahora, no de primer nivel, especialmente en el campo económico y en algunos casos, como por ejemplo en Perú, motivada por la emigración de gran número de nipones a la costa del Pacífico.

Estos nuevos vínculos se basan en una relación complementaria, por naturaleza, entre Japón, de forma creciente cada vez más dotado de capital, tecnología y capacidad de gerencia empresarial, y una región con abundancia de recursos naturales y oportunidades para su explotación.

A pesar de que su papel no es principal, hasta hora, no se debe sobreestimar ni tampoco subestimar la presencia de Japón en el área. La crisis económica del 1998, provocada por el fallo en el sector bancario nipón, afectó a todo el suroeste asiático e incluso se hizo notar en América Latina, con la devaluación de algunas de las monedas locales. No obstante las cifras de su comercio no son comparables con las de las naciones que componen la Unión Europea en su conjunto ni, desde luego, con las de Estados Unidos. A mediados de los años noventa, el comercio del país del sol naciente con la zona iberoamericana se aproximaba a los 13.000 millones de dólares al año. Las autoridades japonesas fijan actualmente, son datos del año 2000, el nivel de inversiones directas en una cantidad superior a los 32.000 millones de dólares.

El comercio con América Latina y la fachada atlántica africana sólo representa el cuatro y medio por ciento del comercio internacional del Japón, aunque fue aproximadamente el dieciocho por ciento de sus inversiones en el exterior, también, en el año 2000. Como ocurrió en todas las democracias industrializadas, en la última década del siglo XX la relación comercial e inversora del mundo occidental se estancó, y así ocurrió también en Suráfrica y en Iberoamérica. En su conjunto, el

comercio y la inversión japonesa en toda el área se fue deteniendo, de forma clara y concluyente, en el periodo que se extiende entre el año 1996 y el año 2000.

Los intereses japoneses en toda el área del Atlántico Sur que estudiamos, son casi exclusivamente económicos. En ese sentido, Tokio evita su intervención en los problemas de seguridad de la región e intenta eludir las controversias políticas locales. Sólo existen algunas dudas por su apoyo político al depuesto presidente de Perú, Fujimori, hoy exilado en el archipiélago japonés.

Parece, según la lectura de los últimos acontecimientos, que en estos momentos Japón pretende activar sus inversiones en la zona para que éstas le permitan y faciliten, de forma decidida, usarlas como instrumento de penetración en los mercados de todo el continente americano, especialmente en la venta de productos industriales para abastecer a las clases populares norteamericanas.

De momento y en términos generales, parece que la intención del Gobierno de Japón es tomar la iniciativa de inversión y facilitar que las empresas sigan este camino de aperturas de mercados, pero con cautela. Las autoridades japonesas muestran su voluntad de cooperación junto con el resto de las naciones occidentales en el empeño de ayudar tanto a Suramérica como al África Negra a salir por su propio pie de las dificultades que se derivan de su camino hacia el desarrollo (véase G. Landau, J. Feo y A. Ozono: *América Latina en la encrucijada*, Tecnos; Madrid, 1990). Los dirigentes políticos nipones entienden que eso requerirá un esfuerzo coordinado en el que han de participar todas las naciones industrializadas afectadas y los propios actores locales.

Posiblemente la declaración de Estados Unidos de 27 de junio de 1990, denominada Iniciativas para las Américas, abrió el camino para que los inversores e industriales japoneses comenzaran su andadura y pudieran encontrar definitivamente su lugar en el Atlántico Sur.

Este espacio geoestratégico necesita de inversiones para desarrollar la economía de los países que lo conforman. El gigante japonés tiene imperiosa necesidad de abrirse a los países en vías de desarrollo para dar salida a sus productos y capitales, envueltos en altas tecnologías tan necesarias para el progreso. Los gobiernos de América Latina deben poner una decidida voluntad de colaboración y a la vez

participar con sus propias inversiones públicas y privadas, con la finalidad de mantener una dinámica empresarial que propicie el bienestar de sus pueblos, facilitando así los nuevos flujos de capital.

La penetración soviética en el Atlántico Sur

Antes de continuar, queremos señalar que todo lo que expresemos en este apartado ya es historia, pero hemos de convenir que aún perduran, en todo el Atlántico Sur, algunas de las consecuencias de la exportación de las ideas y sistemas marxistas que la Unión Soviética llevó a cabo en toda el área.

Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, el nacimiento de los dos bloques y por lo tanto de la guerra fría dieron pie a los sucesivos gobiernos de la Unión Soviética para extender sus ideas y sistemas marxistas, en nombre de la revolución del proletariado, de forma preferente en aquellos lugares donde el colonialismo había, en cierta manera, constreñido los deseos de independencia y libertad de los pueblos, especialmente en África.

El decaimiento marxista de Gorbachov origina todo el proceso de decadencia, aunque éste no se lleve a cabo de la noche al día. Aún pesa profundamente en el mundo, todo lo sembrado durante la estrategia de bloques, nacida en los momentos más duros de la alarma del empleo del arma nuclear, lo que se denominó en los ambientes políticos: la estrategia de destrucción total.

Fue, entre los años 1989 y 1991, cuando las revoluciones silenciosas de los países europeos del Este y la transición política soviética, con su “caída del muro” a semejanza de Berlín -nos referimos al día de la destrucción de la estatua del fundador del KGB en Moscú-, la época de acontecimientos de más proyección en la historia contemporánea y, sin lugar a dudas, la de mayor densidad de flujos huracanados, motivados por los efectos de la globalización de las comunicaciones.

En ese periodo comienza la transformación del nuevo orden mundial y con éste, la liberación del valladar totalitario que impedía a los países del este europeo acceder a la democracia y, a la vez, la pérdida de influencia de la Unión Soviética como tal y el deterioro progresivo de su credibilidad en el Tercer Mundo. Ni siquiera posee ya la energía suficiente para evitar el desmembramiento de su propia Unión y alimentar

debidamente a su población. Son los momentos de la liquidación del totalitarismo marxista, cuyo sistema se repliega de forma importante, hacia determinadas zonas del mundo oriental y a China como cabeza visible del mismo, sin descartar en Occidente a Cuba, y a los movimientos guerrilleros en África y América del Sur.

Los primeros contactos de los revolucionarios cubanos y los soviéticos podemos situarlos en México, en agosto o septiembre de 1955. Nikolai Leonov, joven diplomático, militante experimentado del movimiento comunista internacional, fue el contacto, posteriormente en los años ochenta trabajó como enlace entre los gobiernos marxistas de Moscú y de Cuba.

Las perspectivas de implantación de la revolución marxista en América Latina a partir de movimientos subversivos autóctonos que inspiró la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se apoyaban fundamentalmente en los activistas cubanos que en todo momento pretendieron evitar la confrontación frontal con fuerzas norteamericanas. Mención aparte es el despliegue de los misiles en Cuba donde el protagonismo fue esencialmente soviético, en los demás casos se intentó alcanzar el poder por el adoctrinamiento de los intelectuales y de determinados bloque sociales como campesinos y jornaleros de la industria. Podemos resumir los mensajes lanzados a estos colectivos en los siguientes:

Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede crearlas. En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente en campo.

Con estas consignas, los revolucionarios actuaron prácticamente, aunque en minoría, en gran número de países iberoamericanos y de una forma más o menos exitosa llevaron la confrontación a países como Argentina, Uruguay, Chile, Colombia o Nicaragua, por nombrar algunos, donde la violencia marxista se enfrentó a los ejércitos nacionales con desigual resultado.

La Historia nos dice que la penetración soviética en las aguas del Atlántico Sur, con cierta importancia y presencia física, data de 1960. Son los incidentes de su flota pesquera en el golfo de Guinea y en Angola los que sirvieron como pretexto para que los soviéticos instalaran un punto de apoyo para esa flota en Guinea-Conakry y

posteriormente en Angola. Son también los días del intento de despliegue de misiles con carga atómica en Cuba.

Fue el presidente Sekou Turé quien permitió su asentamiento en el golfo de Guinea y en 1970 recurrió a sus aliados del bloque del Este y la Unión Soviética envió la denominada “patrulla de África”. Posteriormente, la flota soviética apareció en la zona cumpliendo un programa denominado por los rusos: plan global de utilización política de su poder naval, especialmente discutido por los occidentales y cuyo fin era facilitar ayuda e información a los movimientos de la guerrilla comunista de la zona y sobre todo a la angoleña.

La guerra civil precisamente en Angola en 1975 significó, en principio, una ampliación de la influencia bolchevique en África y expresión de la presencia militar rusa en el Atlántico Sur. Al mismo tiempo, con el despliegue de su Armada y con el aumento de asesores militares en el área, se presionaba al vecino surafricano, lo que supuso un serio toque de atención sobre la seguridad del mundo occidental, precisamente en una zona donde transcurría la vital corriente del tráfico marítimo de los buques petroleros de gran tonelaje que no empleaban el canal de Suez y se dirigían tanto a Europa como a Estados Unidos.

A fuerza de fracasos, los dirigentes del Kremlin terminaron por admitir que existían obstáculos de gran importancia que dificultaban su presencia en los países africanos, aunque ésta hubiera sido avalada por los dictadores locales. La ausencia de afinidades culturales entre los soviéticos y los africanos, la arrogancia de los cooperantes rusos y especialmente el racismo descubierto por los estudiantes africanos becados en los centros universitarios y de formación profesional en las ciudades de la URSS, son razones que también contribuyeron al distanciamiento.

El final del imperio de la Unión Soviética sigue condicionando la Historia y las organizaciones militares que se crearon en los años de la confrontación de bloques como el Pacto de Varsovia, quedaron desmanteladas y las alianzas, algunas de ellas contra natura, favorecidas por la URSS, han resultado sin valor al faltar el sostén económico. Así ocurrió en el caso del apoyo militar cubano, que actuó como país intermedio, a la lucha fratricida entre angoleños. Resuelto formalmente hoy el

enfrentamiento sin una solución lógica, aún se mantiene la inestabilidad política en ese entrañable país africano.

La llamada ayuda a los pueblos en lucha contra el colonialismo y el apoyo a las denominadas fuerzas progresistas situados, en orden de importancia, después de la defensa de la sociedad soviética y de la comunidad socialista de naciones, resultaron difuminados e incluso se hundieron en olvido, al parecer por los graves problemas que la caída del régimen comunista generó en el propio territorio que abarcaba la URSS.

La Federación Rusa, resto del gran imperio soviético, ha perdido toda influencia en el área, las doctrinas marxistas leninistas van poco a poco decayendo, especialmente por falta del apoyo de Moscú, las nuevas tendencias que intentan intervenir en la región están más inspiradas en las actividades antiglobalización y en las nuevas identidades de las naciones antisistema que en las teorías del marxismo, aunque no sean por ello menos aventuradas.

Podríamos resumir diciendo que no se podía conceder a la URSS capacidad fundamental para determinar estratégicamente los conflictos en la región. Sus actuaciones y despliegues, pues, deben verse ante todo en un contexto político y de confrontación ideológica y, secundariamente, como envite contra la seguridad militar de Occidente, como ocurrió en la crisis de los misiles en Cuba y esta posibilidad se fue diluyendo conforme avanza el siglo XXI.